

tapaban todos los sillones; veíanse encima de las puertas cacerías Luis XV, y en algunos sitios tapicerías que representaban á los dioses del Olimpo, Psychis ó las batallas de Alejandro.

Cuando Rosanette pasaba por delante de los espejos se detenía un minuto para alisarse el cabello.

Después del patio de la torrecilla y la capilla de San Saturnino, llegaron á la sala de las fiestas.

Quedaron asombrados por el esplendor del techo, dividido en compartimientos octógonos, adornado de oro y plata, más cincelado que una alhaja, y por la abundancia de las pinturas que cubren las paredes desde la gigantesca chimenea donde las armas de Francia están rodeadas por carcax y media luna, hasta la tribuna para los músicos, construída al otro extremo, en toda la amplitud de la sala. Las diez ventanas en arcadas estaban abiertas enteramente; el sol hacía brillar las pinturas, el cielo azul hacía confundiera indefinidamente el azul ultramar de las cimbras; y del fondo de los bosques, cuyas vaporosas cimas llenaban el horizonte, parecía venir un eco [de los aullidos lanzados por las trompas de marfil, y de las danzas mitológicas que reunían bajo el follaje á princesas y señores convertidos en ninfas y silvanos; época de ciencia ingénua, de pasiones violentas y arte suntuo-

so, cuando el ideal era arrastrar al mundo hacía un sueño de las Hespérides, y las amantes de los reyes se confundían con los astros. La más bella entre las famosas se había hecho pintar, á la derecha, en figura de Diana Cazadora, y hasta de Diana Infernal, sin duda para demostrar su poderío hasta más allá de la tumba. Todos aquellos símbolos confirman su gloria; y algo queda allí de ella, una voz indistinta, un rayo que se prolonga.

Federico sintió una concupiscencia retrospectiva inexplicable. Para distraer su deseo, se puso á considerar tiernamente á Rosanette, preguntándole si no hubiera querido ser aquella mujer.

—¿Qué mujer?

—Diana de Poitiers. Y añadió: Diana de Poitiers, amante de Enrique II.

Ella dijo sencillamente: «¡Ah!», y eso fué todo.

Su mutismo probaba claramente que nada sabía, no comprendía, y Federico, por complacencia le preguntó:

—¿Te aburres, quizás?

—No; no, al contrario.

Y con la barba levantada, paseando alrededor una mirada de las más vagas, Rosanette dejó caer esta frase:

—Esto llama recuerdos.



Vefase, no obstante, en su cara un esfuerzo, una intención de respeto; y como aquél aire serio la ponía más linda, Federico la perdonó.

Más la divirtió el estanque de las Carpas. Durante un cuarto de hora, echó pedazos de pan al agua, para ver salir los peces.

Hallábase sentado Federico junto á ella, bajo los tilos. Pensaba en todos los personajes que habían visitado aquellas paredes, Carlos V, los Valois, Enrique IV, Pedro el Grande, Juan Jacobo Rousseau, las lindas plañideras de los palcos principales, Voltaire, Napoleón, Pío VII, Luis Felipe; y sentíase rodeado, codeado por aquellos muertos tumultuosos. Tal confusión de imágenes le aturdía, aunque en ella encontrara encanto.

Por fin bajaron al parterre, que es un vasto rectángulo, que al primer golpe de vista permite fijarse en sus largas alamedas amarillas, sus cuadros de césped, las cintas de box, sus tejos piramidales, sus bajas verduras y sus estrechas acirates, donde las flores, sembradas á trechos, forman como manchas sobre la tierra gris. Al extremo del jardín empieza un parque, atravesado en toda su extensión por un largo canal.

Las residencias reales tienen en sí una melancolía particular, que depende sin duda de las dimensiones demasiado considerables para el pequeño número de sus habitantes, del silencio

que con sorpresa se nota en medio de tanto sonido, de su lujo inmóvil que prueba con su vejez lo fugaz de las dinastías, la eterna miseria de todo. Y aquella exhalación de los siglos, abrumadora y fúnebre como perfume de momia, se deja sentir hasta en las cabezas cándidas. Rosanette bostezaba desmesuradamente, y volviéronse al hotel.

Después de su almuerzo, les trajeron un carruaje descubierto. Salieron de Fontainebleau por una ancha plaza, después subieron al paso por un camino enarenado hasta un bosque de pequeños pinos. Los árboles se hicieron más grandes, y el cochero de cuando en cuando decía:

«Estos son los Hermanos Siameses, el Faramundo, el Ramillete del Rey...» no olvidando ninguno de los sitios célebres, hasta deteniéndose algunas veces para hacer que los admirasen.

Entraron en el arbolado de Franchard. El coche se deslizaba como un trineo sobre el césped; pichones que no se veían se arrullaban, de repente se presentó un mozo de café, y bajaron delante de una empalizada de un jardín, donde había mesas redondas. Luego, dejando á la izquierda los muros de una abadía ruinosa, anduvieron por grandes rocas y llegaron pronto al fondo de la garganta.



Está cubierta por un lado de grandes mezclas de asperones, mientras que por el otro, el terreno, casi pelado, se inclina hacia lo hondo del valle, donde, en medio del color de los brezos, un sendero forma pálida línea. A lo lejos se percibe una cima en cono marcado, que soporta la torre de un telégrafo en la parte de detrás.

Media hora más tarde, bajaron otra vez para alcanzar las alturas de Aspremont.

El camino hace zigzags entre los rechonchos pinos, bajo rocas de angulosos perfiles. Todo ese rincón de la floresta, tiene algo de ahogado, de salvaje y recogido. Se piensa en los ermitaños (compañeros de los grandes ciervos que llevan una cruz de fuego en medio de sus cuernos), y que recibían con sonrisas paternas a los buenos reyes de Francia arrodillados delante de sus grutas.

Un olor resinoso llenaba el aire templado, las raíces por la tierra se cruzaban como venas.

Rosanette se tambaleaba, por allí estaba desesperada, tenía ganas de llorar.

Pero, en todo lo alto, la alegría le volvió, hallando, bajo un techo de ramaje, una especie de taberna, donde venden maderas talladas.

Tomó una botella de limonada, se compró un palo de acebo, y sin una sola mirada al paisaje

que se descubre desde la meseta, entró en la Caverna de los ladrones, precedida de un pillete que llevaba una antorcha.

Su carruaje les esperaba en el Bas-Bréau.

Un pintor, de blusa azul, trabajaba al pie de una encina, con su caja de colores sobre las rodillas. Levantó la cabeza y les vió pasar.

En medio de la cuesta de Chailly, una nube, abriéndose de repente, les obligó á bajar la capota.

Casi al punto cesó la lluvia, y los pisos de las calles brillaban bajo el sol cuando entraban en el pueblo.

Algunos viajeros que acababan de llegar, les contaron que una espantosa batalla ensangrentaba á París. Rosanette y su amante no se sorprendieron. Después todo el mundo se fué, el hotel volvió á su tranquilidad, el gas se apagó, y se durmieron al murmullo del saltador del patio.

Al día siguiente, fueron á ver la garganta del Lobo, la Balsa de las Hadas, la Roca larga, la Marlota; al otro día, comenzaron su excursión, al azar, como quería su cochero, sin preguntar dónde estaban, y hasta desdeñando en ocasiones los sitios famosos.

¡Se hallaban tan bien en su viejo landó, bajo como un sofá y cubierto de tela á rayas desteñidas!



Las zanjas llenas de malezas desfilaban ante su vista, con movimiento suave y continuo.

Algunos rayos blancos atravesaban como flechas los altos helechos; á veces un camino que ya no se utilizaba, se ofrecía á sus ojos, en línea recta, y las yerbas crecían acá y allá, blandamente.

En el centro de las encrucijadas, una cruz extendía sus cuatro brazos; en otros puntos, los postes se inclinaban como árboles muertos, y algunos senderillos curvos, perdiéndose bajo las hojas, daban gana de seguirlos; en el mismo momento, volvía el caballo, entraban y se hundían en el barro; más lejos era el musgo que brotaba al borde de profundos pantanos.

Crecíanse lejos de los demás, bien solos. Pero de repente pasaba un guardabosque con su fusil y una banda de mujeres en harapos, llevando á la espalda pesadas cargas.

Cuando se paraba el coche, se producía un silencio universal; únicamente se oía el aliento del caballo en las varas, ó algún grito de pájaro muy débil repetido.

La luz, en ciertos sitios, iluminaba el lindero del bosque y dejaba los fondos en la sombra; ó bien atenuada en los primeros planos por una especie de crepúsculo, esparcía en los lejos vapores violáceos, una blanca claridad. En el

centro del día, el sol, cayendo aplomado sobre los anchos verdores, los festoneaba, suspendía gotas argentinas en la punta de las ramas, rayaba el césped de líneas esmeraldas, arrojaba manchas de oro sobre las capas de hojas muertas; echando atrás la cabeza, se percibía el cielo por entre las cimas de los árboles. Algunos, de desmesurada altura, tenían aire de patriarcas y emperadores; tocándose por los extremos, formaban con sus largos ástiles como arcos de triunfo; otros que subían desde la raíz, oblicuamente, parecían columnas cayéndose.

Aquella multitud de gruesas líneas verticales se entreabrían, y entonces enormes grupos verdes se desarrollaban en desiguales sinuosidades hasta la superficie de los valles, en que avanzaba la cumbre de otras colinas dominando llanuras rubicundas, que acababan por perderse en indecisa palidez.

De pié, uno junto á otro, sobre cualquier eminencia del terreno, sentían, al husmear el aire, que penetraba en su alma, como el orgullo de una vida más libre, con una superabundancia de fuerzas y una alegría sin causa.

La diversidad de los árboles producía un espectáculo cambiante. Las hayas, de corteza blanca y lisa, mezclaban sus coronas; algunos fresnos encorvaban suavemente sus verdosos ramajes; en los cepellones de ojavano, se en-



derezaban los acebos semejantes al bronce; luego venían una fila de delgados abedules, inclinados en actitudes elegíacas, y los pinos, simétricos como cañones de órgano, balanceándose continuamente, parecía que cantaban. Había allí encinas rugosas, enormes, que se meneaban convulsivamente, se levantaban del suelo, se apretaban unas con otras, y firmes sobre sus troncos, como torsos, y se lanzaban con sus brazos desnudos provocaciones de desesperación, furibundas amenazas, como un grupo de titanes inmobilizados en su cólera. Algo más pesado, una febril languidez cerníase sobre los pantanos, cortando la superficie de sus aguas entre matorrales de espinas; los líquenes, en su ribazo donde vienen a beber los lobos, son color de azufre, quemados como por el paso de hechiceros, y el incesante canto de las ranas responde al grito de los conejos que por allí giran.

Enseguida, atravesaron monótonos rasos, plantados á trechos de algún resalvo. Un ruido, como de hierro, golpes frecuentes y numerosos sonaban: era, en el flanco de una colina, una cuadrilla de canteros que trabajaban las rocas.

Multiplicábanse éstas cada vez más, y acababan por llenar todo el paisaje, cúbicas como casas, planas como baldosas, apuntalándose, pi-

sándose, confundándose como las ruinas desfiguradas y monstruosas de alguna ciudad desaparecida. Pero la furia misma de aquel caos, hace que se sueñe en volcanes, en diluvios, en grandes cataclismos ignorados. Federico decía que estaban allí desde el principio del mundo, y así permanecerían hasta el fin. Rosanette apartaba la cabeza afirmando que «aquello la volvía loca», y se iba á coger flores de brezo. Las pequeñas flores violáceas, estaban apiladas unas cerca de otras, de formas desiguales, y la tierra que caía de debajo ponía como franjas negras en el borde de las arenas tachonada de mica.

Un día llegaron hasta la mitad de una colina toda de arena. Su superficie, virgen de paso humano, se hallaba rayada por simétricas ondulaciones; á trechos, á modo de promontorios sobre lecho desecado de un océano, se veían algunas rocas que tenían vagas formas de animales, tortugas que sacaron la cabeza, focas que se arrastraron, hipopótamos y osos. Nadie. Ningún ruido. Las arenas deslumbraban al reflejar los rayos del sol; y de repente, en aquella vibración de la luz, parecía que las bestias se movían. Regresaron ellos deprisa, huyendo del vértigo, casi asustados.

La seriedad de la selva les dominaba, y había horas de silencio en que abandonándose al balanceo de los muelles, permanecían como



atontados en tranquila embriaguez. El brazo por la cintura, oíala hablar él, mientras que los pájaros gorjeaban; hasta contemplaba en una misma ojeada los negros racimos de su capota y las bayas de los enebros, los dobleces de su velo y las volutas de las nubes; y cuando se inclinaba hacia ella, la frescura de su piel se mezclaba á los grandes perfumes de los bosques. Se divertían con todo y se enseñaban como una curiosidad, los agujeros llenos de agua en medio de las piedras, una ardilla en las ramas, el vuelo de dos mariposas que les seguían; ó bien, á veinte pasos de ellos, bajo los árboles, una cierva que andaba tranquilamente, con aire noble y dulce, con su cervatillo al lado. Rosanette hubiera querido correr detrás para abrazarlo.

En cierta ocasión tuvo mucho miedo, porque un hombre se les presentó de repente, enseñándoles tres víboras en una caja. Se acercó apresuradamente á Federico; sintiéndose él contento de verla débil y él bastante fuerte para defenderla.

Aquella tarde comieron en una posada á la orilla del Sena. La mesa estaba cerca de la ventana; Rosanette enfrente de él, que contemplaba su pequeña nariz fría y blanca, sus labios entreabiertos, sus ojos claros, sus cabellos castaños levantados, su linda cara oval. Su traje de fular crudo dibujaba los hombros algo caídos,

y saliendo de las mangas muy estrechas, sus dos manos resaltaban, sirviendo de beber, y avanzando sobre el mantel. Les trajeron un pollo con los cuatro remos estirados, anguilas á la marinera, en una compotera de barro de pipas, vino torcido, pan demasiado duro, cuchillos mellados. Todo aquello aumentaba el placer, la ilusión. Creíanse casi en medio de un viaje á Italia, en su luna de miel.

Antes de marcharse, fueron á pasear á lo largo del ribazo.

El cielo, de azul suave, tomaba la forma de una media naranja, al vérsese por encima de los bosques apoyarse en el horizonte. En frente, al extremo de la pradera, se divisaba el campanario de una aldea; y aún más lejos, á la izquierda, el tejado de una casa parecía mancha roja sobre el río, que permanecía á la vida inmóvil en toda la longitud de su sinuosidad. Los juncos se cimbreaban, sin embargo, y el agua sacudía ligeramente las estacas plantadas á la orilla para sostener las redes; una nasa de mimbre y dos ó tres lanchas viejas se encontraban por allí. Cerca de la posada, una chica con sombrero de paja sacaba cubos de un pozo; cada vez que estos subían, Federico escuchaba con inapreciable goce el rechinar de la cadena.

No dudaba que sería feliz por el resto de sus días, tan natural le parecía su dicha, inhe-



rente á su vida y á la persona de aquella mujer, á la que sentía necesidad de decir ternezas. Contestaba ella con palabras agradables, golpecitos en el hombro, dulzuras cuya sorpresa le encantaba. Descubrió él en ella, en fin, una belleza enteramente nueva, que no era quizás sino el reflejo de las cosas ambientes, á menos que sus virtualidades secretas no la hubieran hecho brotar.

Cuando descansaban en medio del campo, ponía él su cabeza sobre sus rodillas, al abrigo de su sombrilla; ó se echaban en la yerba uno frente á otro, mirándose fijamente sus alteradas pupilas, saciándose, hasta que cerraban los párpados á medias, sin hablarse.

Oían á veces, allá muy lejos lejos, redobles de tambor. Era el toque de generala de los pueblos para ir á defender á París.

—¡Ah! calla, el motín!—decía Federico con desdeñosa piedad, juzgando miserable toda aquella agitación al lado de su amor y de la perpetua naturaleza.

Y hablaban de cualquier cosa, de lo que sabían perfectamente, de personas que no les interesaban, de mil tonterías; ella, por ejemplo, de su doncella y su peluquero. Un día se le escapó su edad: veintinueve años; ya se hacía vieja.

En muchas ocasiones, sin querer, le refería detalles de ella misma. Había sido «señorita de

almacén,» había hecho un viaje á Inglaterra; empezado sus estudios para ser actriz; todo aquello sin transiciones, sin que se pudiera reconstruir un conjunto. Contó aún más, cierto día en que se hallaban sentados debajo de un plátano, á la vuelta de un prado. Abajo, á la orilla del camino, una chiquilla descalza en el polvo, apacataba una vaca. Desde que los vió, vino á pedirles limosna; y sujetando con una mano su destrozada falda, arañaba con la otra sus cabellos negros, que rodeaban, como peluca á lo Luis XIV, toda su cabeza morena, dominada por unos ojos espléndidos.

—Será muy linda más adelante—dijo Federico.

—¡Qué suerte para ella si no tiene madre!—expuso Rosanette.

—¿Eh? ¿Cómo?

—Sí; yo, sin la mía...

Suspiró y se puso á hablar de su infancia. Sus padres eran obreros de la seda en las fábricas de Lyon, de la Cruz Roja.

Servía á su padre de aprendiz. El pobre hombre ya podía extenuarse, que su mujer lo insultaba y se lo vendía todo para emborracharse. Rosanette recordaba su cuarto, con los telares alineados á lo largo de las ventanas; con el puchero sobre la estufa, la cama imitando caoba, un armario al frente, y el camaranchón oscuro en que



había dormido hasta los quince años. En fin, que un caballero vino, hombre grueso, cara del color del box, maneras de devoto, vestido de negro. Su madre y él tuvieron una conversación, de la que tres días después... Rosanette se detuvo y con una mirada llena de impudor y de amargura, añadió:

—Quedó hecho.

Luego, contestando al gesto de Federico, agregó:

—Como era casado, (tendría miedo de comprometerse en su casa) me llevaron á un gabinete de restaurant, y me dijeron que sería feliz y que recibiría un buen regalo. Desde la puerta, la primera cosa que me chocó fué un candelabro de plata sobredorada, encima de una mesa donde había dos cubiertos. Un espejo en el techo los reflejaba, y las telas de las paredes, de seda azul, daban á la habitación el aspecto de una alcoba. La sorpresa me dominó. Ya comprendes, un pobre sér que jamás ha visto nada! A pesar de mi fascinación tuve miedo; deseaba irme, sin embargo, me quedé. El único asiento que había allí era un diván junto á la mesa, que cedió á mi peso suavemente; la rejilla del calorífero en el tapíz me enviaba aliento templado; permanecía sin tomar nada. El mozo que estaba de pié me invitó á comer; me sirvió inmediatamente un gran vaso de vino; la cabeza me daba

vueltas; quise abrir la ventana y me dijo: «No, señorita, eso está prohibido» y me dejó. La mesa estaba cubierta de un montón de cosas que yo no conocía; nada me pareció bien. Entonces me dediqué á un tarro de dulce, esperando siempre. Yo no sé qué le impedía venir; era muy tarde, lo menos media noche, y ya no podía más de cansancio; al quitar uno de los almohadones para extenderme mejor, encontré mi mano una especie de álbum, un cuaderno con imágenes obscenas... Encima dormía cuando él entró.

Bajó la cabeza y se quedó pensativa.

Susurraban las hojas á su alrededor, una gran campanilla se balanceaba entre un grupo de yerbas, la luz corría sobre el césped, como una onda, y el silencio se interrumpía á intervalos rápidos por el ramoneo de la vaca que ya no se veía.

Rosanette contemplaba un punto de la tierra, á tres pasos de ella, fijamente, con las narices movidas, absorbida. Federico le cogió la mano.

—¡Cuánto has sufrido, pobrecilla mía!

—¡Oh! sí—dijo ella—más de lo que crees... ¡Hasta querer acabar conmigo!... me volvieron á pescar.

—¿Cómo?

—No pensemos más en ello. Te amo, soy feliz; abrázame.—Y se puso á quitarse una á una